

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## MIS TRISTEZAS.

De mi despedida de la UNIDAD CATÓLICA, al terminar su tercer volumen, tomó ocasión el Sr. Mañé, uno de los más antiguos y acreditados periodistas españoles, para escribir en el *Diario de Barcelona* del 31 de marzo un artículo titulado *Tristezas*, el cual á su vez dió pié al estimable director de la *Convicción* Sr. Llauder para publicar otro al día siguiente en su periódico con el epígrafe de *Tristezas de los doctrinarios*. Ambos me ponen en el caso, después de agradecer los inmerecidos elogios que al escritor y al hombre dispensan, de dar algunas esplicaciones sobre las ideas y la actitud que se me atribuyen, que aun cuando no interesa la persona, siempre importa la verdad.

Tristezas! Mis amigos saben que poco sujeto á su influencia, tal vez por hábito de sentir las desde mi primera juventud, tal vez por cambio de temperamento, si por acaso las sorprenden en mi semblante, rara vez ó nunca reconocen causa alguna política sino algún afecto privado del corazón, y que si en algo se revelan el *ánimo sereno* y el *aliento varonil* que el Sr. Mañé me concede, es ciertamente en mi escasa vida pública. Empapado en las lecciones de la historia que con todas las opiniones hablan y de todo sistema se burlan, sin idealizar lo pasado ni tampoco el porvenir, afianzado en las instituciones y en los principios más que en las personas, seguro por fé no sola-

mente de los destinos inmortales de la Iglesia sino de su creciente gloria, no desesperanzado de la marcha constante y hasta si se quiere progresiva de la humanidad, no por sus fuerzas intrínsecas, sino por la ley de conservación ineluctable que le impuso la Providencia y por la virtud divina de la redención, ni sueño con fantásticas edades de oro y de paz octaviana, ni tiemblo de pavorosos cataclismos que hayan de anticipar al fin del mundo la disolución de las sociedades. Me afectan hondamente las dolencias de los tiempos, los trastornos de las naciones, las desgracias de los individuos; pero respecto del conjunto no me impresiono de grandes temores ni de grandes esperanzas, porque creo en la ley de las compensaciones y sobre todo en la miseria del hombre y en los admirables y clementes designios de Dios.

En la revolución jamás he confiado; por esto al ocuparme de sus obras, aparte de la entonación más ó menos melancólica, siempre me ha inspirado el disgusto, más bien que la tristeza producida por desengaños. Lo que más debiera causarme es el abatimiento é inercia de la nación, pero tampoco me coge de nuevo, atendida la división de los partidos, la impotencia de cada uno por sí solo y la imposibilidad de una conciliación honesta y franca: así que mi publicación, después de su primordial objeto religioso, ha tenido mejor el de protestar contra el exclusivismo, contra la extraviada fé, contra la ciega esperanza de par-

tido, que el de levantar bandera de enganche para reclutar uno nuevo siquiera sea de concordia. Antigua es en mí la convicción de que una de las cosas que mas empeoran discutiéndola y manoseándola es la política; y todo lo que de ella he escrito ha sido constantemente en el concepto de amenguar su importancia, de dirimir sus controversias, de combatir lo harto absoluto de sus asertos y presuntuoso de sus promesas, de cerrar el cráter de sus interminables agitaciones. Breves aunque laboriosos han sido los periodos que á tales materias he dedicado; segun mis hondas convicciones eso sí, pero casi siempre por impulso ageno ó por la fuerza de las circunstancias; y la mas larga de todas resulta esa mi última campaña de tres años, que para protesta es lo que sobra. Pues qué! las artes, la historia, la literatura, que toda mi vida he cultivado y que forman la especialidad de mi carrera, ¿no merecen alternar con los trabajos del publicista? Tranquilícese pues la amistosa solicitud del Sr. Mañé; que no salgo del palenque mas escarmentado ni mas abatido de lo que entré, ni mi retirada lleva consigo tal propósito de silencio que no pueda romperlo, como lo hice pocos dias ha comentando la carta de mi compañero el Sr. Lafuente y como lo hago ahora, para responder á las interpelaciones de buenos amigos y de dignos adversarios. No escribo justificaciones que ni se me piden ni creo necesitar; y si de compañeros de armas en religion, pues en política no los tengo, he recibido heridas hechas sin intencion probablemente, no habrán penetrado muy adentro, pues no me duelen.

¿Pudiera por ejemplo sin injusta susceptibilidad tomar por heridas las apreciaciones inexactas, pero de ningun modo depresivas de que me hace objeto el director de la *Convicción* al desquitarse de los golpes del *Diario* su contrincante? Que pertenezco á la escuela católico-liberal dá por cosa muy asentada; y si me aplicara el epíteto en el sentido cada dia mas reprobable que se le imprime y con que en su propio artículo le califica, *de error religioso-político, engendrador de orgullo, viciador de la sangre, y terminante y repetida-*

*mente condenado*, no pudiera irrogarme agravio mas sensible: pero como á renglon seguido me reconoce, no solo *decidido á someterme á la Iglesia*, sino, por apologista siempre de la causa católica, realzando mis humildes servicios y pobres cualidades, acepto la satisfaccion sin cuidarme de conciliar los extremos. Con Chateaubriand y Lacordaire, con Montalembert y Gratry, se puede vivir en buena compañía, y morir sobre todo edificadamente; gloria escesiva seria para mí ver asociado mi nombre al de estas insignes lumbreras y campeones del catolicismo, aunque fuese en calidad del último de sus adeptos; ningun reparo tendria en profesarme de su escuela, si así fuese: pero la verdad es que no pertenezco á ella ni á ninguna otra <sup>(1)</sup>. Consignada está mi neutral actitud en cien páginas de la UNIDAD: nadie mas severo con la ofuscacion momentánea de Gratry y hasta con las simpatías que le manifestó Montalembert <sup>(2)</sup>; y por mas

(1) Véase en el tomo I de la UNIDAD núm. 30 correspondiente al 2 de setiembre de 1869 mi artículo titulado *las Escuelas politico-católicas*. «Si se me pregunta, digo, cual obtiene mi preferencia, contestaré francamente que ninguna, y que jamás, por apremiante que se hiciera la eleccion, consentiria en afiliarme á alguna de sus banderas. Mas aun, diré que esta division, bien que contenida dentro de los límites de lo opinable, y no quitando nada á la mancomunidad de fuerzas en defensa de la gran causa religiosa, está destinada á producir mas daños que ventajas... *Católico* equivale á *universal* en el orden religioso; cualquier otro aditamento lo restringe, lo empequeñece, lo humaniza. *Católico-monárquico, católico-liberal*, son voces que disuenan como cortapisas ó mas bien como negaciones de dicha universalidad; son amalgamas de lo divino con lo terreno que no admiten consistencia ni siquiera realizacion... Los que mejor han merecido de la religion, los que se han elevado á mayor altura, son los que menos han aspirado á trazar peculiares vias y caracterizar sus ideas personales respecto de la general doctrina de la Iglesia... Para defender la religion no es necesario elegir escuela, como para ocuparse de política no es forzoso alistarse á ningun partido.»

(2) Hé aquí lo que escribia en el núm. 61 tomo II de la UNIDAD en el artículo *Dentro y fuera del concilio* que dió margen á la ruidosa polémica con el Sr. Gago: «Cuando leo las cartas del P. Gratry, tan justamente censuradas por una gran parte del episcopado de Francia como tristemente aplaudidas por el ilustre Montalembert de quien desearia que con mejor página hubiese coronado una vida tan gloriosa, cuando leo cartas muy en su lugar mientras discuten hechos, desechan falsificaciones, rectifican textos y reprenden abusos de una mal entendida piedad, pero injustas y aventuradas en derivar de tan concretas premisas la acusacion general de ignorancia, ceguedad y mala fé, la invasion del fraude en el campo de la Iglesia, la paralización de sus progresos, de su cadencia de algunos siglos á esta parte, la recusacion de sus mas preclaros doctores, la aplicacion de *puertas del infierno* á no sé que escuela que llama de fariseismo y de idolatría, cuando observo ese virulento lenguaje tan parecido al del que vá á caer y en el cual si se conserva aun la fé naufraga ya la caridad, tiemblo de ver al insigne

que admire y respete al eminente cantor de los *Mártires* y al ilustre restaurador de los dominicos en Francia, no creo que mi estilo ni mis ideas revelen predilección especial por sus obras. Propendo poco al *sentimentalismo* religioso, no me alhaga la rebuscada novedad de formas, y la mayor eminencia no escusa en mi concepto el prurito de exhibición personal, ni las glorias del más escogido grupo autorizan nada que huelga á compadrazgo. Fué menester toda la violencia y acritud de la escuela, que á falta de otra calificación exacta apellidaré *Veuillotista*, contra varones tan esclarecidos, para resolverme á terciar en la contienda relacionada con harto augustas cuestiones; pero, sin aceptar por esto la historia que del catolicismo liberal hace el señor Llauder á su manera, no me incumbe defender una causa que no es la mía, deplorando la confusión que engendra este elástico mote, tan pronto ampliado como restringido según conviene desde el respetable Dupanloup y los obispos alemanes de Fulda hasta el apóstata P. Jacinto y los cismáticos de Doellinger.

El Sr. Llauder es joven, y esta ventaja lleva consigo el inconveniente de no conocer por sí las cosas y las personas algo anteriores á su época, y el deber de enterarse para discurrir sobre ellas con acierto. No es mucho pues que ignore mis trabajos y esfuerzos de 1843 á 1846, primero coincidentes, mas tarde asociados con los de Balmes, á quien si muchos motejan por lo bajo, nadie se ha atrevido á hacerlo en público hasta ahora; que ignore que mis primeras campañas en el *Católico*, en la *Fé*, en el *Conciliador* en el *Pensamiento de la Nación*, cuyos escritos forman la recopilación de mis *Ensayos políticos*, tuvieron que ser «contra el falso orden mucho antes

autor de la *Filosofía del Credo* y de *La moral ley de la historia* en la fatal pendiente del P. Jacinto.» Y mas abajo: «A nosotros españoles, que tan poco tenemos que alabarnos de las conquistas revolucionarias, á cuyo progreso yá unida nuestra gradual humillación y decadencia, y cuyas falseadas libertades deben estimularnos poco á poner en ellas la confianza que ponen los católicos liberales de allende los Pirineos; á nosotros, que exentos por fortuna en todos tiempos de *hispanismo* en lo eclesiástico, también debemos estarlo de la reacción allí desplegada contra el galicanismo; á nosotros tan poco inclinados á pesar de nuestro ardiente carácter á los extremos y exageraciones de la *furia francesa*... á nosotros ¿qué nos importan estas querellas?»

que contra la falsa *libertad*, combatiendo á gobiernos doctrinario-militares, puesto en frente de los titulados conservadores mas á menudo que de los revolucionarios»; que no sepa cuantos escritores de periódicos liberales, ó formados en las obras de Donoso Cortés liberal hasta 1851, nos inculpan de liberalismo á los que, exentos siempre de él por merced divina, no tenemos necesidad de execrar de un manjar que nunca nos hizo daño. Y si sabe todo esto el Sr. Llauder, ¿porqué no fija la época en que me haya vuelto doctrinario y liberal? porqué no aduce los comprobantes? Y si no quiere llevar tan arriba sus investigaciones, aténgase á la UNIDAD que se le manda puntualmente desde el principio: señale los textos en que funda sus asertos. Pero acaso no haya leído ni aun la despedida que ha dado ocasión á su artículo, y se haya contentado con formar concepto de ella como de reflejo, juzgándola desfavorablemente solo por las simpatías del Sr. Mañé.

Apoyarése en que no soy carlista; ¿y cree acaso que no hay disyuntiva entre ser carlista ó católico-liberal? En los postreros bandos de la república romana Pompeyo juzgaba enemigos á todos los que no estaban por él, y César consideraba amigos á cuantos no estaban contra él; y César al cabo triunfó. El decir *qui non est mecum contra me est*, está solo reservado á la verdad suprema é infalible. *Sometemos á la Iglesia la fé, la conciencia, los actos espirituales*, violentándonos ó no, (y si por la violencia ha de medirse el mérito de la sumisión poco tiene la mía); pues nada mas nos exige Dios, ni abdicación de escuelas meramente políticas, ni sumisión á hombres ni partidos determinados, para ser católicos y monárquicos tanto como los que se arrojan exclusivamente esta divisa. Dice el órgano del carlismo que su bandera es la única «en la cual el católico puede esperar tranquilamente la muerte, sin que tenga que hacer retractaciones y sin arrepentirse de otra cosa que de no haber luchado bastante por su triunfo.» De retractaciones de este género ninguna conozco; podrá haberlas, mas no las deseo para mí. De no haber sido bastante católico me

arrepienta yo; y mi muerte siquiera sea triste, como diz que mueren *los de mi escuela*, si muero como ellos en el seno de la Iglesia, será cual la suya *consoladora y elocuente*.

Atribuye mi silencio el Sr. Llauder á falta de auditorio: nada de esto; la UNIDAD ha vivido desahogadamente en este rincón á pesar de su estremada baratura, y vivirá, Dios mediante, siguiendo la misma línea. Aun cuando no encontrara lectores de mis ideas, me hubiera indemnizado de mi fatiga el *recrear* á adversarios que como él hacen justicia á mis intenciones y favor á mis cualidades. Lo que no comprendo es que me encuentre *filósofo* echando de menos al *político*, pues á mi ver la buena política y la buena filosofía se dan la mano como las doctrinas y las obras. Si *la experiencia y la reflexion nos acercan*, si convenimos casi en principios, ¿qué es lo que nos separa? él me achacará que los dejo abstractos, indefinidos, y yo que los concreta, que los limita demasiado. Gran principio y base de la monarquía es la legitimidad, antítesis de la revolucion: en vez de personificarlo prematuramente renovando disensiones que á esta sola aprovechan, ¿no hubiera sido mejor reunir á los que en esencia la reconocen, aunque en su aplicacion difieran, contra la intrusion del enemigo común? Coalicion por coalicion, mas leal, mas española, mas cristiana hubiese sido esta que la que estamos presenciando, cuyo objeto no es otro que el que me achaca, de *combatir sin defender*, de *derribar sin edificar*. ¡Y aun se me acusará de hacer política *idealista, platónica, negativa, de predicar una monarquía sin monarca!* ¡Tan *prácticas son las soluciones* del sistema del Sr. Llauder! tanto es lo que ha ido aproximándose á su realizacion en tres años y medio de constantes esfuerzos! tan medrada está de union y de aliento su causa! tan decidido es el movimiento de la opinion pública en favor suyo! Ah! si alguien en España puede estar menos triste es el hombre que no sea de partido, que no tiene solidaridad que admitir con los errores de ninguno, desengaños acerbos que sufrir, esperanzas que aplazar indefinidamente. ¿No llegan al señor

Llauder los ayes desgarradores del honradísimo Aparici? no percibe los comprimidos acentos de los directores del *Pensamiento Español* y de la *Regeneracion* condenándose voluntariamente al ostracismo? es que se han hecho tambien doctrinarios? Insistir en este punto seria crueldad.

Tristezas políticas! dije mal que apenas las hubiera sentido. Ah! las sentí al frustrarse en 1846 la ocasion única de enlazar las dos legitimidades y de fundir las dos políticas entre las cuales se hallaba dividida la nacion; las sentí y tal vez mayores, al ver á sus dos respectivos representantes internarse por caminos, uno de los cuales conducía á la Rápita, y el otro por rodeo mas largo al destronamiento. Si por alguna rama me hubieran quedado predilecciones, ¿qué dificultad podia tener en proclamarlas? no las tengo, y por esto no siento ya tristezas. Si alguna de las dos está destinada á reflorcer, la eleccion no es mia sino de la Providencia: sea cual fuere su fallo, lo acataré sin prevenciones, y venga de donde viniere la salvacion de la patria, la bendeciré con gratitud, siempre profundamente sumiso, nunca *á priori* entusiasta.

J. M. QUADRADO.

## EL CLERO.

### II.

#### SU INFLUENCIA SOCIAL (\*).

¿Cuál de mis lectores no se habrá entregado alguna vez á la contemplacion de la estrellada bóveda de los cielos? Oh! Es tan grato en noche callada y silenciosa pasear la vista embelesada por esos mundos que ruedan sobre nuestras cabezas! Es tan grato, respirando la fresca y perfumada brisa, ir cotejando la suave claridad y variado brillo de tantas lumbreras! Es tan grato escuchar con oido religioso la inefable armonía de esos astros, cuando se confunde con el gemido del viento, el aleteo del ave nocturna, el crujido de la hoja seca ó el murmurio del agua cercana! Es tan grato ver como las estrellas tímidas y oscilantes se balancean sobre el cris-

(\*) Corresponde este artículo á la conferencia del domingo pasado.

tal de la mar tranquila, del terso estanque, de la clara fuente, del manso río! Es tan grato, después de recorrer los espacios, plegar las alas del pensamiento y recogerse el alma en sí misma, para sentirse impregnada de ese místico aroma que se exhala del fondo de nuestro ser al tibio influjo de las estrellas!

Pues bien; si la sola contemplación de esa obra de Dios, si solo fijar la vista en esa cortina extendida para servir de término á las ávidas miradas de los mortales, al par que nos absorbe y anonada, nos embelesa y suspende con el atractivo de su hermosura, ¿qué sucedería si supiésemos levantar los ojos del alma á otro cielo, y sentir el influjo de otros astros y lanzarnos á otros espacios impregnados de más puras emanaciones? ¿Qué es la religión sino el cielo á que se eleva el espíritu en sus altísimos vuelos? ¿Qué son los dogmas religiosos y las cristianas virtudes sino lucientes estrellas que reflejan sobre las almas su pura claridad y su benéfico influjo? ¿Qué es la devoción sino la plácida brisa que orea al corazón religioso, y lo embalsama con el aroma de la fé, del amor y de la esperanza?

Al tratar de la influencia del clero ¿de qué otra cosa se trata sino de esa influencia benéfica y saludable que sobre la humanidad ejerce la religión? Preciso es tener una cabeza que nada comprenda y un corazón que nada sienta, para no comprender y sentir los beneficios sin cuento, debidos á ese influjo religioso que sobre la sociedad ejerce el clero con su plegaria ferviente, su enseñanza divina, su moral inmaculada, sus augustos sacramentos y sus consuelos inefables.

Solo el culto religioso, ese culto tan locamente perseguido por gobernantes sin tino, ¿quién puede calcular el saludable influjo que ejerce, los sentimientos que despierta, las ideas que trasmite, las virtudes que cria, los afectos que purifica, los desmanes que contiene? Hombres que empuñais las riendas de las naciones, ¿sabeis lo que habeis logrado al despojar los templos de las espléndidas galas con que quiso enaltecer el culto la piedad de nuestros padres? ¿Sabeis que matando la vida religiosa de los pueblos, matais y estinguís todos los sentimientos nobles, todas las ideas fecundas, todas las inspiraciones sublimes, todos los arranques de heroísmo? Ah! no lo sabeis: que á saberlo, no hubiérais fundido el bronce de nuestras campanas para fabricar esos cañones con que predicais *fraternidad*, ni hubiérais cincelado el oro de nuestros cálices para adornar la empuñadura de esas espadas con que manteneis el imperio de la fuerza.

El hombre, la muger, la familia, la sociedad, la ciencia y el arte, al clero y solo al clero deben esa prosperidad y esa grandeza á que se han levantado bajo la égida de una religión divina.

El hombre era un peregrino perdido en el desierto de la vida. Cruzando con ensangrentada huella al arenal inmenso, había olvidado su pasado, lloraba su presente y desconocía su porvenir. El clero ha sido el mensajero de Dios que ha desenterrado los títulos nobiliarios de la humanidad, ha confortado sus fatigados miembros y le ha mostrado la estrella polar de su camino.

La muger era un ángel caído: sin luz, sin brillo, sin gloria, conservaba tan solo el poder tenebroso de los malos consejeros, de las sugerencias criminales. El clero ha levantado del polvo la frente abatida de la hija de María, y coronándola con una auréola de angélicas virtudes, la ha presentado al hombre pura, casta, hermosa, digna de recibir en sus fieles manos la llave del corazón de su consorte.

La familia era un templo profanado: el sacro fuego del altar ardía en el impuro brasero de los demonios. El clero ha repuesto las piedras del derribado altar, y haciendo bajar del cielo una llama de amor puro, ha reunido en torno á todos los miembros de la familia para que se calentasen á su grato calor unidos en consorcio inmaculado.

La sociedad era un caos. Entre el sonido de las cadenas se oía el chasquido del látigo de los eunucos, que ensangrentaba las espaldas de los esclavos; y con las gotas de aquella sangre se amasaba el puñado de oro que en manos del indómito señor servía para comprar la inocencia, remunerar al crimen y atizar todas las furias del infierno. El clero con el brazo de Dios omnipotente ha roto aquellas cadenas, ha arrancado el látigo de aquellas manos crueles, y ha hecho que las riquezas, recibidas como un don del cielo, se derramen cual lluvia benéfica sobre la tierra estéril de los pobres, para que estos levanten al cielo sus manos agradecidas rogando por sus bienhechores.

La ciencia era una estrella errante, que al par que se atraía las miradas, descaminaba los pasos de los mortales. El clero ha fijado esta estrella en su polo y le ha comunicado más puro brillo y claridad más viva, para que al rasgar con sus destellos las tinieblas del mundo, pudiese guiar á seguro puerto la nave perdida en el mar proceloso de la duda.

El arte era una diosa gentil, que coronada la sien de verde pámpano, alargaba al pueblo idólatra la copa de la embriaguez. El clero ha trocado la corona de pámpano por una diadema de estrellas, y la

hija del cielo se ha presentado al genio llevando en su mano una antorcha para guiarlo al sentimiento de la belleza iamortal.

Si todo esto ha hecho el clero, se me dirá, ¿qué es lo que hace ahora? Conservar sus conquistas y desarrollarlas progresivamente.

Las sociedades modernas, amamantadas en su infancia á los pechos de la madre Iglesia, han creído poder pasarse ahora sin su honrosa tutela, como si el hombre no llevase en su seno un foco de corrupción y no fuese menester una mano que perennemente lo restaure y purifique.

Todos somos testigos de los desesperados esfuerzos que se hacen para estorbar la mision y desvirtuar la influencia del clero. Hasta esas casas donde se educa la infancia ó donde la vejez agoniza, hasta esos asilos donde se alberga la miseria ó donde reúne la muerte sus tristes despojos, todo se procura alejar de su contacto. Como si solo lejos del sacerdote pudiese hallar el niño pura enseñanza, el anciano esperanzas inmortales, inefables consuelos el miserable, y fervientes preces y veneracion profunda los sagrados restos de los muertos.

Ah! perseguid, despojad, empobreced al clero; ó si mas os place, ofrecedle una proteccion humillante, y por su propio decoro no permitais que ponga sus piés fuera de los umbrales del santuario. A pesar de todo, el clero continuará ejerciendo su mision salvadora; que no le ha enviado Dios al mundo para caer bajo la lanza del poderoso ni en el lazo del astuto, sino para formar con sus propias manos el corazon y la cabeza de la sociedad cristiana.

¿Quereis ver cómo cumple el clero su mision? Pues salid de las populosas ciudades, recorred las grandes villas y las pequeñas aldeas, cruzad las amenas campiñas y los mustios eriales, llamad á las puertas de la rica alquería, penetrad en la humilde choza del pastor, y decidme ¿qué es lo que saben esas gentes?

Ah! no han frecuentado vuestros brillantes liceos ni vuestras autorizadas academias. No han oido vuestros pomposos sistemas ni vuestras nebulosas teorías. No entienden una jota de *antigüedad del mundo*, de *generaciones espontáneas*, de *justicia social*, de *derecho al trabajo*, de *libertad para el mal*, y demás *conquistas de la idea*. Pero en cambio saben amar, obedecer, perdonar, orar y resignarse. En cambio honran á su muger, educan sus hijos, respetan la propiedad, practican el trabajo, la sobriedad, la economía. En cambio viven tranquilos, alegres, resignados, y mueren con la serenidad en el rostro, la paz en el corazon, la esperanza en el

alma. Sin duda que nuestros almibarados sabios han de hallarlos muy toscos, muy groseros, muy idiotas; pero confiesen al menos que ellos no han aprendido aun á vivir y morir con tanta sabiduría como el mas tosco de esos *idiotas*.

Y qué! ¿creeis que solo la sencilla gente del campo piensa y ama como les ha enseñado á pensar y amar el sacerdote? Ah, no! Hasta vosotros (y perdonadme el agravio) hasta vosotros no habeis podido desterrar del tódo de vuestra *ilustrada* cabeza, de vuestro corazon *libre*, las ideas y sentimientos sacerdotales. ¿Quién lo dijera! en plena luz de este bendito siglo las *negras* ideas de la *teocracia*, sus *mezquinos* sentimientos, se anidan allá en un rincon del cérebro, en un pliegue del corazon, á la manera que la lechuza no abandona su nido en medio de la luz del dia.

¿Y qué son vuestras *conquistas*, no digo esas tenebrosas y deletéreas que llevan el vértigo á la cabeza y el pavor al corazon, sino esas otras brillantes y deslumbradoras que dan la vuelta al mundo entre los vítores y aclamaciones de las turbas, que son, digo, sino páginas arrancadas del evangelio?

*Libertad, moralidad, justicia, trabajo, virtud, igualdad, fraternidad, derechos...* Qué palabras tan bellas! ay, que solo son palabras! Con todo os ha sido preciso arrebatat de la enseñanza sacerdotal esas palabras, y sellar con ellas vuestras ideas, porque de otro modo no fueran admitidas en el comun comercio, como no lo es la moneda falsa si no imita el cuño de la legal.

Hasta tal punto están dominados por el clero la cabeza y el corazon de la sociedad. ¿Sabeis los efectos de este predominio? Oid algunos.

En las sociedades modernas, á diferencia de las antiguas, el crimen nunca prescribe; siempre hay una voz que lo acusa y un tribunal que lo condena.

El error nace sin derechos, sin paz, y muere sin gloria.

La virtud es acatada hasta de aquellos que no la siguen. La verdad se atrae las miradas hasta de los ojos á los cuales ofende su luz.

El pueblo tiene una sabiduría que no está escrita en los libros de los sabios, y practica una virtud que no resplandece con las cruces y condecoraciones de los filántropos.

El poder goza de una autoridad que no se apoya en sus bayonetas, que alcanza mas que sus cañones.

La ley está guardada y defendida por una mano que no es la mano venal del castigo.

La balanza de la justicia está vigilada por unos ojos que no son los ojos soñolientos de los jueces.

La libertad tiene una salvaguardia que no está en los antros de la policía ni en los cuarteles de las tropas.

La conciencia pública tiene una norma inmortal en el evangelio que el sacerdote lee todos los días; y esa conciencia es la que acusa al crimen, condena el error, aplaude la virtud, aprueba la verdad, moraliza al pueblo, sostiene el poder, defiende la ley, ampara la justicia y salva la libertad.

Tal es la influencia social del clero. Si en el templo, bajo aquellas bóvedas sagradas, al pie de aquella cátedra de verdad, delante del altar del sacrificio se siente el pueblo poseído de una emoción extraña y misteriosa, es el influjo de esa religión benéfica, que mientras nos abre los caminos del cielo, derrama á manos llenas por los caminos de la vida las flores de la virtud y los frutos de la paz.

Los que amais esos beneficios del catolicismo, venerad al clero que los prodiga; los que no los amais, los que prefiriérais ver al pueblo danzar en torno de Venus y embriagarse con la copa de Baco, bien podeis cojer esas piedras que le arrojais, pero antes de lanzarlas contra su frente venerable, oid esta dulce reconvencion: *muchos beneficios os he hecho, ¿por cuál de ellos me quereis apedrear?*

MIGUEL MAURA PRO.

## CRÓNICA.

El domingo de Ramos recibió el padre santo á los discípulos del oratorio de Caravita, á cuyo mensaje contestó en los siguientes términos:

«Acepto con gratitud y afecto la expresión de los hermosos sentimientos que me habeis manifestado, y pido á Dios que derrame sobre vosotros, y particularmente sobre estos equieñuelos, sus celestiales bendiciones para que permanezcan siempre firmes en sus buenas ideas y buena conducta, y que sean fieles en practicar la buena enseñanza que reciben. Les bendigo con tanto más motivo, cuanto que hoy corresponde á los niños esclamar: *Hosannah filio David*. Esperamos que á estos *Hosannah* no se seguirán nuevos *Crucífige*.

«Otra vez os bendigo, queridos niños, bendigo á todos los que estais presentes, á vuestros padres y á vuestras familias, bendigo á cuantos os ayudan en este mundo y os dan armas para combatir. Para vosotros no hay otras armas de combate que la oración y el ejemplo; dad el asalto con el buen ejemplo, y defendeos con la oración.

«Pero sobre todo permaneced sordos á las perversas sugerencias. La fábula misma os suministra aquí una enseñanza, porque os dice que viajando Ulises y debiendo pasar por ciertos lugares peligrosos, en donde él y sus compañeros podían ser seducidos por cariñosas pero falsas voces, tapó con cera sus oídos y los de sus compañeros para no oír aquellos halagos llenos de lazos. Lo mismo debeis hacer vosotros: tapaos los oídos para no oír tantas blasfemias, tantas conversaciones impías y deshonestas por medio de los cuales se trata de pervertir, en Roma sobre todo, los tiernos corazones de los niños.

«Y ahora recibid mi bendición, y al volver á vuestras casas decid á vuestros padres que el padre santo les bendice también.»

Hablando de la entrevista del papa y del rey de Dinamarca, dice una carta de Roma que el rey, acompañado de la reina, de su hijo y de su hija, fué al Vaticano y estuvo largo rato conversando con su santidad. Aunque el vicario de Jesucristo y Cristian IX están separados por la fé, la comunidad de sus desdichas les ha proporcionado más de un punto de contacto. El rey está admirado al ver la resignación y el valor de su santidad; le ha pedido permiso para volver al Vaticano con su yerno y su hija los príncipes de Gales. Pio IX, al día siguiente de la entrevista, envió á sus majestades dinamarquesas un magnífico canastillo de flores y frutas de los jardines del Vaticano, que es el único regalo que hoy puede hacer el papa.

El Rev. Sr. Ketteler obispo de Maguncia, que ha dimitado el cargo de diputado del parlamento alemán, en el notable folleto que ha publicado explicando los motivos de su resolución, aprecia en estos términos el cambio verificado en la política prusiana:

«¿Quién puede censurarnos por esperar con firme confianza que los principios cristianos y no los del 1789 sean aceptados como regla en el establecimiento de la constitución del imperio alemán? La única cuestión, cuando se reunió la dieta del imperio, era el saber si se conservarían en el imperio alemán los restos de las instituciones cristianas que aun existían en la Alemania del Norte, ó si Prusia y los demás estados alemanes se regirían completamente por los principios revolucionarios que representa el partido de los liberales nacionales. ¿Quién puede pues echarnos en cara el haber esperado del emperador alemán y de sus hombres de estado que tomasen el primer partido? En esta confianza pues acepté el cargo que se me confió.

«Lo que me obligó á tomar esta resolución fué la convicción de que se trataba de dar al imperio alemán una constitución verdaderamente libre, pero al mismo tiempo verdaderamente conservadora, en la cual las comuniones cristianas legalmente reconocidas encontrarían una garantía sólida de su autonomía, y la conciencia del pueblo cristiano una prenda de su seguridad; pensé que mi presencia podía ser bajo este aspecto de alguna utilidad.

«Todo pasó de distinta manera de como yo lo había previsto. El liberalismo ha triunfado, y ahora va á apoderarse de todo el imperio alemán.

«Los principios políticos de esta Francia, á la cual nuestros soldados cristianos que no pertenecían al liberalismo nacional, vencieron en los campos de batalla, alcanzaron al mismo tiempo la más completa victoria en Alemania y en el imperio alemán. Vencedores allende nuestras fronteras, somos vencidos en nuestra casa. Las armas francesas han sido derrotadas... y los principios revolucionarios franceses nos han impuesto su yugo. Quien no acepte servilmente todas las consecuencias de ese liberalismo del estado, quien pida todavía una Alemania cristiana con instituciones cristianas, es señalado como enemigo del país, como ultramontano, etc.

«Dios libre á nuestra patria alemana de ser, á ejemplo de Francia, corrompida hasta la médula de los huesos por los principios revolucionarios. Nadie, ni aun el más poderoso emperador ni el más potente imperio, se halla en situación de asentar otro fundamento que el asentado: Cristo, Señor nuestro. Esta palabra se verá también cumplida en el nuevo imperio alemán.»

Los católicos de París continúan prestando eficaz apoyo á la nueva obra de círculos de obreros jóvenes en los arrabales de aquella ciudad. En uno de los próximos días se abrirá el de Belleville, que según frase de un periódico francés es «la obra avanzada de la caridad cristiana en el campo de la *Internacional*». Los periódicos revolucionarios desatan ya sus iras contra estos círculos, y cuando la calumnia ó la burla no les dan resultados, no temen acudir á

las amenazas, que hacen poca mella en las nobles personas encargadas de la propagación y fomento de esta cristiana empresa.

El episcopado suizo ha publicado un manifiesto contra el gobierno del cantón de Argovia, que ha nulado el concordato diocesano. Los prelados piden la intervención del consejo federal para que anule tan grande iniquidad. Ahora se anuncia la próxima conversión al catolicismo del señor Bostellen, descendiente de una de las más ilustres familias de Berna, quien sigue el ejemplo de su sabio compatriota Haller recientemente convertido. Estas conversiones producen gran sensación entre los protestantes, ya arto trabajados por el partido reformista.

El parlamento de Austria ha votado un crédito de medio millón de florines destinado á socorrer á los sacerdotes católicos indigentes.

Inglaterra va entrando cada vez mas en equidad para con los católicos. Hace algunos años el parlamento inglés adoptaba un bill, en virtud del cual se derogaban un gran número de leyes hostiles al catolicismo. Antes de esa época ningún inglés que perteneciera á la Iglesia católica podía aspirar á ocupar un puesto de confianza en el reino, le estaba prohibido aspirar al grado de general en el ejército, ser juez en la magistratura, y mucho menos le estaba permitido tomar asiento en los consejos de la corona. Hoy este ostracismo, digámoslo así, va á cesar por completo. Un nuevo bill se ha presentado á la cámara y ha sufrido ya la prueba de una primera lectura.

Sir Coleman O'Loughlen ha propuesto se deroguen las leyes que tachan de incapacidad á un gran número de súbditos de ingleses por razon de sus creencias religiosas; entre otras cosas propone no sea obstáculo el ser católico para ser designado para el puesto de lord canciller ó para el de virey de Irlanda, así como tambien se pide la derogacion de las disposiciones penales contra las órdenes monásticas, y que las fundaciones y fideicomisos que se hagan en favor de las obras pias se respeten y no se consideren en adelante como prácticas supersticiosas. Teniendo en cuenta el espíritu de la cámara, no será difícil pase á ser ley.

Los círculos de la *Union Católica* se propagan en los Estados Unidos rápidamente. Por este medio las clases elevadas tienden la mano á las clases inferiores, y les dan además de la limosna material otra de mas valor, la de la verdad, la de la instrucción, la del amor, y son tambien un medio de afirmarse en la enseñanza católica y repasar ese libro tan olvidado que se llama catecismo, el único que es verdaderamente útil al pueblo. El círculo de *Union Católica* tiene por único objeto formar una union real, tangible, práctica de los católicos de una misma ciudad; y no basta dar el nombre, es preciso organizarse, y en esto está todo. En un país de libertad la organización lleva consigo el orden, la armonía entre los miembros, y en su consecuencia la fuerza.

Además de esto el clero católico se aumenta extraordinariamente, y con este aumento se propaga la enseñanza, aumentando esta á proporcion que aquel toma nuevas creces. La instrucción del clero católico, preferida á la de los protestantes por los mismos sectarios, por ser comunmente mas vasta y sobre todo mas sólida, ha sido en aquel país lo que mas ha contribuido y contribuye al maravilloso desarrollo del catolicismo. Los niños que han sido educados en una escuela católica rara vez son despues protestantes, aun cuando hayan nacido en la secta, y muchos padres se convierten por el trato que la educacion de sus hijos les obliga tener con los sacerdotes católicos.

Podemos participar á nuestros lectores, dice un periódico, la noticia de un descubrimiento del mayor interés para la historia, para la ciencia y para la Iglesia. Se han hallado las actas íntegras y originales del concilio I de Nicea, celebrado en el siglo IV de la era de Cristo. ¡Cuán interesante es este descubrimiento! Hasta ahora teníamos noticias de

este concilio por Eusebio *in vita Constantini*, por la antigua coleccion Cresconiana y por otros testimonios coetáneos; pero de hoy mas podremos consultar las actas y gozar de la doctrina santísima de los padres del gran concilio, la misma que conserva y retiene inalterablemente la Iglesia católica; y sus enemigos habrán de admirar, no pudiendo refutarlo, que del mismo modo que hoy en el siglo XIX se espresan los padres en el concilio Vaticano, hablaban en el siglo IV en Nicea san Atanasio de Alejandria y Pafnucio obispo de Egipto. Entre tanto que las disidencias, las divisiones y la diversidad de doctrinas engendran, sostienen y fomentan la division en el campo del error, la Iglesia católica no altera una sílaba, no añade una palabra, no muda un acento en el símbolo proclamado en el concilio de Nicea. Treientos diez y ocho obispos unánimemente lo recibieron, y el orbe hoy lo acepta rendido y humilde.

Examinando durante los meses de setiembre y octubre últimos los manuscritos orientales del célebre museo de Turin un sabio jóven, Eugenio Revillout, ha descubierto en unos papiros una version copia de las actas del primer concilio ecuménico, bajo el título de *Actas del santo concilio*. El Sr. Revillout, que sin duda ha comparado el texto copto con los diferentes monumentos del concilio de Nicea, y especialmente con los manuscritos siríacos recientemente publicados en Londres, no duda de la autenticidad del original.

Los manuscritos conocidos que han servido para componer las grandes colecciones de los concilios, no contienen mas que un compendio de las actas de Nicea, tal como ha sido trasmitido por el historiador Gelasio de Cizico. Este compendio era demasiado corto, y no bastaba para dar una idea de las actas originales.

De estas numerosas actas, cuya coleccion, segun el dicho de un historiador del quinto siglo, parecia á un vasto mar, solo habia llegado hasta nosotros el *Símbolo* resumen de la parte dogmática, y unos veinte cánones de disciplina. Existen algunos otros documentos procedentes del árabe, pero la mayor parte de los eruditos los tienen por apócrifos.

Los fragmentos tomados por el Sr. Revillout de los papiros de Turin, pertenecen á la parte moral de las actas del famoso concilio, de la cual, lo mismo que del registro de las deliberaciones, no teníamos absolutamente nada. Este descubrimiento no dejará de causar la mas viva emocion en el mundo sabio. Los caracteres paleográficos y filológicos de los papiros autorizan á hacerles subir á la segunda mitad del cuarto siglo, de modo que son contemporáneos del concilio de Nicea.

Gelasio de Cizico, que ha escrito la historia del concilio, refiere que en su juventud tuvo entre las manos un ejemplar completo de sus actas, que las habia estudiado durante largo tiempo, y renunció, dice, á aprenderlas de memoria ó á copiarlas por entero á causa de su mucha estension, debiendo contentarse con tomar algunos apuntes. Mas tarde procuró en vano proporcionarse esta coleccion; solo pudo adquirir algunos fragmentos: de manera que desde el quinto siglo las actas del concilio, tanto por la hostilidad de los arrianos como por su mucha estension, se habian ya perdido ó poco menos.

El Sr. Revillout habla con admiracion de los fragmentos que ha descubierto y que piensa publicar: interesan á la historia profana lo mismo que á la eclesiástica, y deben aclarar muchos puntos importantes y dudosos; su estilo es elevado, sus pensamientos nobles y elocuentes.

El dia 20 de marzo se celebró con gran pompa y mayor concurrencia en la parroquial de San Martin de Valencia el bautizo del jóven hebreo Jacobo Lecuam de 26 años, siendo apadrinado en tan solemne acto por D. Manuel Herrando como presidente de la Asociacion de católicos.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.— El Sr. O'Neill disertará esta noche sobre *la fraternidad regida por la moral católica*.